

JESUCRISTO ES LA VÍA

Vía



¿Casualidad o creación?

¿Indiferente yo?

LA BIBLIA ES LA GUÍA

Vía

CONTENIDO

¿Por qué debería usted leer la Biblia?	página 3
¿Casualidad o creación?	4
¿Ser sincero no es suficiente?	5
¿Qué tienen en común un horno microondas, una cortacésped y tu vida? <i>Para jóvenes</i>	6
¿Indiferente yo?	10
¿Puedo llegar a Dios a mi manera?	11
¿Cuántos hay en América Latina?	12
¿Cuán breve es mi tiempo?	14
¿Hay dolor como su dolor?	15

La página del editor

“La verdad no teme a las preguntas”.

- Autor desconocido



Cada vez que hacemos una pregunta emprendemos un viaje hacia la verdad. Aquí encontrará nueve preguntas que usted haría bien en hacerse para llegar a nueve verdades fundamentales que podrán cambiar su vida y su destino eterno.

Esperamos que le vaya bien en este viaje en búsqueda de la verdad, pero sobre todo, que tenga la seguridad de estar en la única **Vía** al cielo: Jesucristo.

“Pregunta, pues, ahora a Dios, para que sepamos”, Jueces 18.5.

La revista es gratis. La publica un grupo de creyentes en Cristo que desean dar a conocer las buenas nuevas de la única salvación que Dios ofrece. Es por fe en el Señor Jesús como su solo y suficiente Salvador.

Nos encontramos en los sembradores@gmail.com, o puedo escribir al Apartado 497, Puerto Vallarta 48350, México (Lada sin costo) 01-800-713-8433, o Apartado 3765, Valencia 2001, Venezuela, o Box 551, Portage la Prairie, MB, Canada R1N 3B9

¿Por qué debería usted leer la Biblia?

Millones de libros se imprimen diariamente en el mundo. Con tanta cantidad y variedad a su disposición, ¿por qué debería usted leer la Biblia?

¡Es insuperable!

No hay otro libro como éste. Su autor es Dios, quien inspiró a cuarenta hombres para escribirla en tres idiomas a lo largo de 1,600 años. Aunque compusieron sobre diferentes asuntos, hay un tema que sobresale: la salvación del hombre por medio de Jesucristo.

¡Es confiable!

Más impresionantes son sus predicciones tan exactas. Contiene más de 300 profecías sobre Jesucristo, escritas unos 600 años antes de su nacimiento. Absolutamente todas se cumplieron. Por ejemplo, la Biblia prometía que cierto domingo Jesús entraría a Jerusalén cabalgando (Daniel 9.26; Zacarías 9.9), y en ese día preciso ¡sucedió! Ningún otro libro se compara a este registro tan destacado y preciso.

Los escritores de la Biblia documentaron la crucifixión y resurrección de Jesús cuando testigos oculares de estos acontecimientos

todavía vivían. Si hubieran distorsionado los hechos, indudablemente los enemigos del cristianismo y de la Biblia habrían exhibido la falsedad de esos escritos. ¡Pero no lo hicieron porque no podían! La Biblia dice la verdad.

¡Es perdurable!

Sorprende que la Biblia exista actualmente. Voltaire, filósofo francés y ateo, juró que ésta desaparecería en un siglo, pero 50 años después de su muerte su propia imprenta fue usada para imprimir biblias. A lo largo de la historia muchos otros también han tratado de eliminar este libro sin conseguirlo. En la Biblia Dios promete que *“el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”*.

La Biblia es precisa, confiable, perdurable y diferente al resto de los libros porque cada una de sus palabras es la Palabra de Dios (2 Timoteo 3.16). Dios le habla al hombre por medio de la Biblia.

¡Es para usted!

Dios anuncia claramente que todos hemos pecado contra Él. No hay excepciones ni escalas según la cantidad de pecados. Aunque la opinión popular diga lo contrario, Dios sí castigará el pecado. La Biblia explica que todas las personas se dirigen a la condenación eterna (Hebreos 9.27), pero también ofrece esperanza. Dios ideó un plan para salvarnos al enviar a su Hijo Jesucristo a morir en la cruz. No hay otra forma para ser salvos del castigo que merecemos. Ningún esfuerzo humano o religión nos podrá ayudar, mas Dios promete salvar al que reconozca su culpa y acepte a Jesucristo como su Sustituto y Salvador. Él sí puede salvarlo a usted, pues en la cruz *“Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”*, 1 Corintios 15.3.





¿Casualidad o creación?

La tierra orbita a 150 millones de kilómetros del sol; si lo hiciera más cerca, se quemaría, y más lejos, se congelaría. El corazón suyo bombeará hoy 7,571 litros de sangre por 96,560 kilómetros de vasos sanguíneos en 103,600 latidos. En este momento, las plantas “respiran” dióxido de carbono – no oxígeno – y si dejaran de hacerlo, ¡moriríamos en cinco minutos!

¿De dónde surgieron todas estas maravillas? ¡BUM! Algunos piensan que aparecieron por casualidad, defendiendo el teorema evolucionista de que “Nada + Nadie = Todo”. Pero, ¿no será “**Nada + Dios = Todo**”? Así como todos los libros tienen autores y todas las pinturas son hechas por un artista, también “alguien” originó nuestro maravilloso y complejo universo.

Para que un automóvil funcione se necesitan 20,000 partes. Obviamente el “origen” de cada vehículo es un inteligente diseñador y un hábil fabricante. El cuerpo humano está formado por 75 billones de células meticulosamente ordenadas. ¿Acaso no es lógico que un “Gran Diseñador” nos haya creado?

Al hacernos, nuestro Gran Diseñador nos dio también una mente para conocerlo, emociones para amarlo y una voluntad para obedecerlo. Tristemente, no hemos usado esa libertad para honrar a nuestro Creador, sino para pecar contra Él.

La Biblia señala que “*no hay diferencia, por cuanto todos pecaron*”. Quizás usted se crea bueno por no haber cometido ningún crimen o injusticia grave, pero el pecado no es solamente hacer lo que la sociedad sanciona, sino no poder cumplir sin tacha alguna la perfecta justicia de Dios. En consecuencia, nuestro pecado nos ha separado de nuestro Creador y nos expone al riesgo de una separación eterna de Él en el infierno.

¿No es asombroso, entonces, que el Creador haya descendido al mundo y se haya hecho como una de sus criaturas, aunque sin pecado? En vez de dejar que el hombre tratara inútilmente de acercarse a Dios, “*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*”. Lo hizo no “*para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él*”. Jesucristo, el Autor de la vida, murió por voluntad propia para ofrecernos la limpieza de nuestros pecados y la reconciliación con Dios.

Cada uno de nosotros tendrá que presentarse ante Dios. Podemos hacerlo aquí y ahora para salvación, o en la eternidad para condenación. “*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*”, Juan 3.36.

¿Ha sido usted reconciliado?

Era el minuto 33 de la primera parte de un partido entre Colombia y Estados Unidos en el Mundial de Fútbol de 1994. El estadio Rose Bowl de Los Ángeles estaba repleto de más de 93,000 aficionados que gritaban frenéticamente.

El mediocampista estadounidense John Harkes corría a toda velocidad con el balón por el lado izquierdo. Viendo a los defensores acercarse, Harkes lo pateó enérgicamente hacia el área de meta. El defensa colombiano Andrés Escobar, queriendo interceptar ese centro peligroso, se deslizó mandando el balón a la línea final. ¡Qué horror ver que lo había metido en su propia portería! ¡Gol para Estados Unidos!

Aquel encuentro terminó 2-1 a favor del equipo de Estados Unidos por una metida de pata. El sincero esfuerzo de Escobar por defender su portería resultó en un autogol y en su trágica muerte diez días después.

Uno puede ser sincero y a la vez estar sinceramente equivocado. La Biblia dice: *“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte”*, Proverbios 14.12.

El apóstol Pablo enseña que este error puede suceder en cuestiones religiosas también. Al examinar las religiones paganas, él señaló que *“cambiaron la verdad de Dios*

por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador”. Era idolatría, un insulto directo a la dignidad de Dios, algo que Él siempre ha detestado. De la misma manera, una persona religiosa no obtiene ventaja alguna si está tratando de alcanzar a Dios de la manera equivocada o si está adorando al dios equivocado, no importa cuán sincero sea.

Pablo habló por experiencia propia. Por años había confiado en el hecho de que era *“del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo y... en cuanto a la justicia que es en la ley, irrepreensible”*. Pablo había sido muy sincero, pero tuvo que reconocer que su sincera religiosidad no le iba a servir para nada.

¿Será igual en el caso suyo? Por mucho que haya intentado alcanzar el estándar divino por sus propios medios y con toda sinceridad, también se ha quedado corto. Dios dice que *“no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”*.

Dios ha establecido que nadie será aceptado en su presencia si no viene a Él por medio de su Hijo, Jesucristo. *“Este Jesús... y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”*, Hechos 4.12.

¿Ser sincero no es **SUFICIENTE?**



¿Qué tienen en común un horno microondas y un gato?

PARA JÓVENES

Susana frenó el carro en seco, se bajó precipitadamente y corrió hacia la puerta de su casa. Su gatito estaba completamente mojado y temblaba de frío porque se había quedado afuera desde la mañana. Con mucha agilidad, Susana abrió la puerta de su casa, entró a la cocina, y en su nerviosismo, se dirigió a toda prisa al microondas, tiró al gatito adentro y con un portazo encendió el artefacto por 15 minutos. ¡Pobre gato! Salió bien cocido, y muerto.

Marcos encendió la cortacésped y sin pensarlo dos veces empezó a cortar el pasto. Al llegar al costado de su propiedad, vio un arbusto que necesitaba un buen corte. Se le ocurrió una idea e, imprudentemente, se agachó, agarró la cortacésped y la levantó para podar su arbusto. ¡Pobre Marcos! Perdió cuatro dedos y mucho tiempo recuperándose en el hospital.

Dices tú: “¡Qué ridículo! Si uno no usa el aparato para lo que fue hecho, obvio que se va a hacer daño”. ¡Exacto!

¿Y tu vida? ¿Para qué es? Para...

- Ganar mucho dinero.
- Hacer buenas obras que mejoren la sociedad.
- Divertirte lo más posible.
- Otro: _____

Escribe “Colosenses 1.16” en la opción D. “*Todo fue creado por medio de él y para él*”. ¿Te fijaste? ¡Para Él! Dios te hizo “**para Él**” y te da aliento todos los días “**para Él**”.

Cuando Dios hizo al primer hombre, Adán, no lo puso en el Edén para mejorar el ambiente; ¡todo había sido creado a la perfección! Tampoco lo puso para mejorar la sociedad; ¡no había una en aquel entonces! Y tampoco lo formó para que viviera satisfaciendo sus pasiones e impulsos como cualquier animal. Lo hizo para que estuviera con Dios y para que lo agradara a Él. El propósito de vivir “para Él” lo dejaría satisfecho y feliz.

Pero el problema comenzó cuando Adán y Eva tomaron la decisión de vivir para ellos mismos y comieron del fruto prohibido. Ese acto egoísta les trajo un montón de dolores, dificultades, y daños en su familia (un hijo mató al otro), su matrimonio, sus cuerpos, sus trabajos, y peor aún, fueron separados de Dios.

Hoy en día muchos fabricantes ponen etiquetas en sus productos con advertencias ridículas para protegernos de nuestra mala tendencia. Por ejemplo:

Coondas, una cortacésped y tu vida?

- “No se use con la ropa puesta” – *una plancha.*
- “No lo use para cepillarse los dientes” – *un cepillo de inodoro.*
- “No se los coloque en la boca” – *una caja de cohetes.*
- “No intente tragárselo” – *un colchón tamaño Queen.*

Dios, reconociendo que estarías propenso a usar tu mente, cuerpo y vida para cosas contrarias a sus propósitos, puso muchas advertencias en la Biblia. Por ejemplo, en Éxodo 20 dio los diez mandamientos para protegerte.

Cada vez que usas tu corazón, mente, boca, manos o cuerpo de maneras que desagradan a Dios, estás facturándote a ti mismo consecuencias dañinas. El alcoholismo, la adicción a las drogas, las enfermedades sexuales, los problemas familiares, una conciencia culpable, recuerdos vergonzosos, o un corazón herido son consecuencias del pecado, de usar lo que Dios te ha dado fuera de sus propósitos.

Lo peor es que la Biblia dice que estás “*destituido de Dios*” (Romanos 3.23) y que “*la paga del pecado es muerte*” (Romanos 6.23). Según Dios, ya eres merecedor del castigo eterno en el infierno por tu desobediencia y egoísmo. ¡Mira el cuadro que Dios te está pintando! Vivir según tus propios deseos puede darte momentos placenteros, pero en el largo plazo te dejará insatisfecho y con la gran responsabilidad de tus pecados.

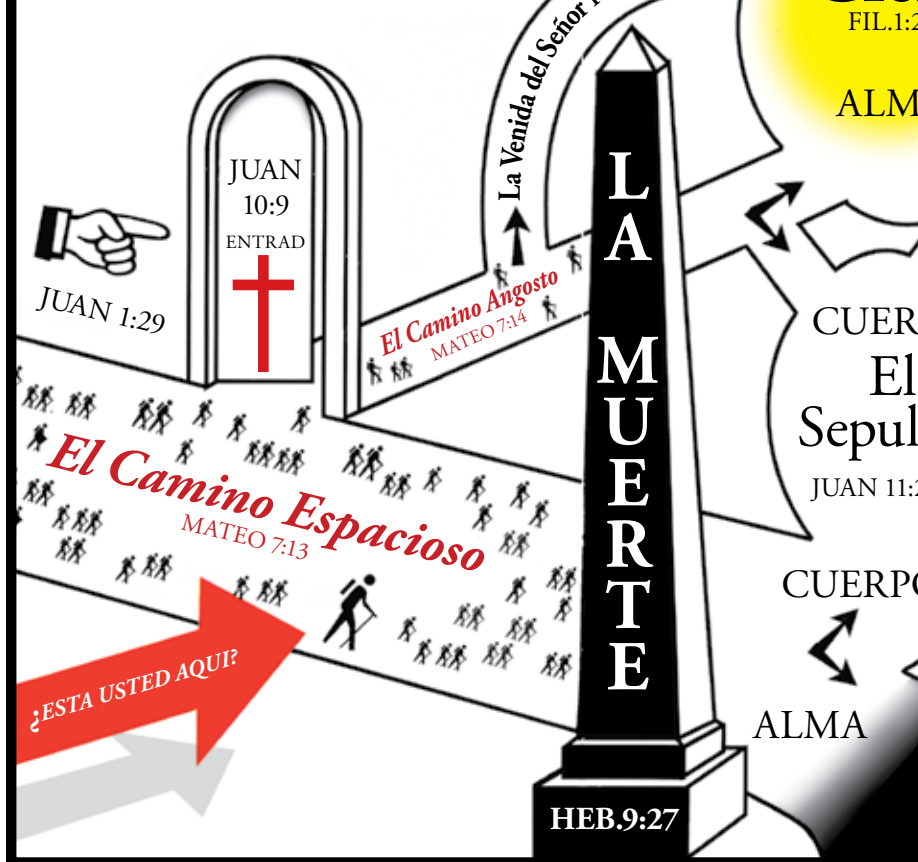
¿Hay alguna manera para que puedas tener tus pecados limpiados y comiences a vivir conforme al propósito de Dios? Él dice que sí y para proveerlo “*Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo sino para que el mundo sea salvo por ÉL*”, Juan 3.17. Jesucristo, su Hijo, ya vino al mundo y “*padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios*”, 1 Pedro 3.18. Solamente Jesucristo puede limpiar tus pecados y restituirte al propósito original de vivir “*para ÉL*”.

¿No lo ves? Vivir para las fiestas, las religiones, el dinero, los amigos, o cualquier otra cosa, es darle a tu vida un mal uso. Pero si recibes a Cristo hoy, emprenderás una vida más satisfactoria y feliz, haciendo la voluntad de Dios y disfrutando la vida como el apóstol Pablo, quien dijo: “*Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia*”, Filipenses 1.21.

¿Cuál será el propósito de tu vida desde hoy?



Los Dos Caminos y Los Dos Destinos



En Mateo 7.13, 14 el Señor Jesús habló de **los dos caminos y los dos destinos**. Cada uno de nosotros está en el **camino espacioso** o en el **camino angosto**. La **muerte** atraviesa a ambos. El cuerpo va al **sepulcro**, sea del creyente – el que ha entrado por la **Puerta** al recibir a Cristo como Salvador – o del incrédulo. El alma del creyente va de una vez al **cielo** y la del incrédulo al **Hades**. No hay otra senda ni otro destino. La **venida del Señor** podría tener lugar en cualquier momento. Los que han muerto en Cristo serán resucitados, alma y cuerpo unidos de nuevo; los salvos que vivan en ese momento serán arrebatados al **cielo** con ellos. Todos estos creyentes

Eternidad



El Tribunal
de Cristo
I COR. 3:11-15



El Milenio
APOC. 20:6

Un
Cielo
Nuevo

APOC. 21:1-4

Una
Tierra
Nueva

La Tribulación
MATEO 24:3-31



La Batalla
de Armagedón
APOC. 19:11-21



El Juicio del
Gran Trono Blanco
APOC. 20:11-15



PUERTA CERRADA
LUCAS 13:25

La Resurrección de Condenación APOC. 20:5

Hades

LUCAS 16:19-31

Lago de Fuego

APOC. 20:14-15

comparecerán ante **el tribunal de Cristo** para ser galardonados conforme haya sido su vida acá. Habrá comenzado en la tierra la **Tribulación** de siete años, culminando con la **batalla de Armagedón**. Acto seguido, Cristo vuelve e introduce el **Milenio**, reinando aquí por mil años. Luego el cuerpo de cada incrédulo será unido con su alma en la **resurrección de condenación** y todos ellos comparecerán ante el **juicio del gran trono blanco** para ser lanzados al castigo eterno del **lago de fuego**. Habrá para siempre jamás **cielo nuevo y tierra nueva**.

Ángel Torres yacía inmóvil en medio de la calle en el centro de la ciudad de Hartford, Connecticut, EE.UU. El carro modelo Honda color oscuro se dio a la fuga y dobló en la siguiente esquina, desapareciendo así de la vista. El conductor, que había rebasado la doble línea amarilla para pasar a otro carro, arrolló a Torres cuando éste cruzaba la calle. El impacto lo lanzó sobre el carro y luego al pavimento.

Una cámara de vigilancia captó cómo los carros continuaron circulando como si nada. Los peatones siguieron su camino e incluso uno que cruzaba la calle casi pisó al pobre ancianito inconsciente. Algunos se acercaron a mirar, pero nadie lo auxilió ni llamó al número de emergencia para pedir una ambulancia. Por fin, un policía que pasaba lo vio y lo socorrió. Pero Ángel Torres quedó paralítico y a nadie le importaba.

Es triste, pero no es nuevo. Jesucristo una vez contó de un hombre que fue asaltado y dejado medio muerto junto al camino. Primero pasó un sacerdote, volteó la cara y pasó de largo. Luego pasó un trabajador del templo – un levita – e hizo lo mismo.

A veces ni siquiera nos conmueve la muerte de una persona.

¿Por qué la gente reacciona con indiferencia? ¿Nunca ha hecho usted lo mismo? A veces ni siquiera nos conmueve la muerte de una persona. Me refiero a la muerte del Señor Jesucristo.

La Biblia dice que cuando Jesús fue crucificado la gente se sentó para verlo y burlarse de Él. *“Los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza”*, Mateo 27.39. El profeta Isaías escribió muchos años antes acerca del deshonor hacia Cristo: *“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos”*.

Mientras Cristo sufría en la cruz, mucha gente pasó con indiferencia, sin importarles su muerte. ¿Y usted? ¿Qué aprecio tiene por la muerte de Cristo? ¿Se conmueve al pensar en sus sufrimientos, en su agonía, en su muerte? El profeta Jeremías dijo: *“¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido; porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor”*. Mire la cruz y su dolor. Ahora pregúntese: ¿Por qué murió Cristo?

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”, Isaías 53.5. *“Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”*, Juan 3.16.

¿Indiferente yo?

¿Puedo llegar a Dios a mi manera?

Crecí con dos influencias religiosas. Mi papá tenía creencias islámicas “drusas” y mi mamá católicas. Me gustaba ir a misa porque podía confesarle mis pecados al sacerdote, pero mi papá comentaba frecuentemente que nuestros pecados no los podía perdonar un ser humano, pecador como nosotros, sino sólo Dios. Comencé a pedirle perdón a Dios directamente, pero percibía una separación entre Él y yo.

A pesar de mi sincero deseo por encontrar el perdón, sabía que estas confesiones eran “pañitos calientes” que no tenían un efecto permanente. Leí toda la Biblia sin entender mucho. Después de leer gran parte del Corán, creí haber hallado la combinación perfecta para generar un plan de perfeccionamiento personal y moral. Me inspiré en el plan de Benjamin Franklin, cuyas metas morales eran la sinceridad, la templanza, el orden, la humildad, y otras nueve virtudes.

Pensaba que debía mejorar para que Dios me aceptara, por lo que implementé mi propio plan tratando de borrar cada uno de mis defectos, como si éstos pudieran ser contados. Comencé con muchas expectativas, pero pronto se hizo evidente que la perfección no era parte de mí. Lo intenté varias veces y fracasé. Mi plan no me acercaba a Dios en absoluto, pues mi problema no se resolvía de afuera hacia adentro, sino de adentro hacia fuera.

A petición de un primo asistí a un lugar donde se hablaba de Cristo. Era la segunda vez que escuchaba el evangelio y en mi ceguera espiritual creía que “ellos tienen



su manera de llegar a Dios y yo tengo la mía”. Si bien mi atención no estaba puesta completamente en el hombre que hablaba, entendí que la salvación no se lograba con mis condiciones o planes de mejoramiento, sino por el medio perfecto provisto por Dios. Pensé: “¿Por qué te esfuerzas tanto en llegar a Dios por tus propios medios? ¿Acaso crees que si tú pudieras llegar a Él a tu manera, Dios habría dado a su Hijo en la cruz? Entiéndelo, el plan de salvación **consumado es**”.

Mis obras eran, a pesar de mis buenas intenciones, trapos sucios (Isaías 64.6) que no agradaban a Dios. ¡Qué liberación entender que Él ya había hecho todo para pagar por mis pecados! No era lo que “ellos creen o dicen”, sino lo que la Palabra de Dios asegura. Dios me ha limpiado de mis pecados por la obra consumada de Cristo en la cruz y he sido transformada sin planes de mejoramiento.

*Samia Abdul Bagi
Nueva Jersey, EE.UU.*

¿Cuántos hay en AMÉRICA LATINA

Huérfanos: 6,2%
Alcohólicos: 9,7%
Pobres: 44,2%
Culpables: 100%

Todos hemos sido inquietados por remordimientos de conciencia. Una acción, una palabra o un pensamiento malo, y nos sentimos abrumados por un sentido de culpabilidad. O tal vez sea un muy mal hábito lo que nos haga sentir culpables. ¿Se trata acaso de simples emociones o somos realmente culpables?

La Biblia dice que Dios puso en nosotros un código moral de lo bueno y lo malo, y por eso en toda cultura es malo mentir o agredir a alguien. Aún los que no han leído la Biblia tienen esta misma conciencia. Los “Diez Mandamientos” son el resumen de la norma que Dios ha puesto en nuestros corazones, y cuando los transgredimos, nuestra conciencia nos acusa y nos sentimos culpables.

¿Por qué Dios nos dio una conciencia? Así como las luces de adverten-

cia en el tablero de un carro le indican al conductor que habrá un problema si sigue manejando, nuestra conciencia tiene el propósito de advertirnos de las consecuencias destructivas del pecado aún antes de cometerlo. Es por nuestro propio bien que debemos hacerles caso a estas advertencias y obedecer las leyes de Dios.

Nuestra conciencia también pone al descubierto nuestro pecado. En el momento en que violamos la ley de Dios, oiremos a nuestra conciencia gritarnos “¡culpable!” y condenarnos. La conciencia trata de prevenirnos del pecado y también nos acusa de pecado.

Vivimos en una sociedad que nos dice que “si para ti está bien, ¡entonces está bien!” A muchos les gusta esta filosofía porque les permite hacer lo que quieran sin sentirse mal, pero negar los hechos no los cambia. El que una persona se sienta culpable o no, puede no corresponderse con los hechos. Adolfo Hitler es sólo uno de muchos culpables de asesinato que jamás sintieron culpa alguna por sus hechos. La Biblia dice que algunas personas le hacen caso omiso a sus conciencias hasta que éstas quedan insensibles y endurecidas.

En cambio, otros tienen conciencias hipersensibles y sienten una culpa inmensa por cortar un árbol, matar una araña o manejar un carro. Entonces, ¿cómo podemos saber la verdad? Sin duda usted se ha sentido culpable, pero ¿realmente lo es?

La Biblia da el veredicto: “*todos pecaron,*

TINA?

y están destituidos de la gloria [el estándar] de Dios, Romanos 3.23. Cada uno de nosotros es responsable por haber transgredido las leyes de Dios. No podemos negarlo, excusarnos o justificarnos. ¡Todos hemos pecado contra Dios!

¿Castigará Dios nuestro pecado? Todo juez honesto y justo castiga el crimen, y Dios es absolutamente justo; Él debe castigar nuestros pecados y lo hará. Jesús enseñó que toda persona merece un castigo consciente e interminable por sus pecados en el infierno. El sufrimiento eterno por los pecados no será ni excesivo ni escaso, porque Dios es justo.

No es de extrañarse que la gente use las drogas, el alcohol e incluso el suicidio para tratar de escapar de la culpa, y que busque la ayuda de terapeutas y sicólogos para reducir sus sentimientos de culpabilidad. Sin embargo, no podremos escapar de la culpa hasta que seamos oficialmente declarados libres de ella por el Juez.

¿Cómo podemos hacer que Dios nos libre de culpa? ¿No podemos! La Biblia dice que asistir a una iglesia, bautizarnos, orar o hacer obras de caridad no nos ayudará. Nuestros pecados tienen que ser castigados. Pero hay esperanza; Dios no quiere castigarnos, sino “salvarnos” del castigo y para lograrlo envió a su Hijo Jesucristo al mundo. La única manera para que Él pudiera salvarnos del castigo era recibiéndonlo Él mismo. ¡Y lo hizo! Dios castigó a su Hijo en la cruz para no tener que castigarnos a nosotros.



Culpables!

La Biblia dice que *“al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”*, 2 Corintios 5.21. En la cruz, el castigo de Dios cayó sobre Jesucristo. Sabemos que Dios es justo, no sólo para castigar el pecado, sino también para no castigarlo dos veces. Como Cristo ya sufrió en la cruz, nosotros podemos ser salvos del castigo del infierno e ir al cielo. Dios exige que admitamos nuestra culpa, estemos de acuerdo con Él que merecemos ser castigados y que aceptemos a Jesucristo como Aquel que llevó nuestro castigo.

¿Está usted libre de culpa?



¿Cuán breve es mi tiempo?

Mientras lee este artículo, usted está envejeciendo, y para cuando termine, poseerá unos cinco minutos menos del tiempo de vida que antes tenía. Cinco minutos no parecen gran cosa, pero ¿se ha detenido a mirar el cuadro completo? Esos pocos minutos aquí y allá terminan sumando meses y años.

Se dice que durante un año una persona pasa aproximadamente:

102 días en la cama

34 días en la Internet

21 días en el carro

8 días en el baño

El tiempo no espera por nadie. En un momento tenemos acné y al siguiente, arrugas. En un momento tratamos de memorizar los nombres de nuestros nuevos compañeros de clase, y al siguiente queremos recordar los nombres de nuestros nietos. ¡Todo sucede tan rápido!

No es de extrañarse que Moisés, un hombre que experimentó mucho en su vida, orara a Dios diciendo: *“Enséñanos a contar nuestros días”*. La Palabra de Dios nos dice que nuestra vida es como hierba que se seca y como vapor que se desvanece. Por eso el escritor del Salmo 89 exclamó: *“¿Cuán breve es mi tiempo!”*

Si nos percatáramos de la brevedad de nuestra vida, le daríamos prioridad a los

asuntos clave y consideraríamos que el tiempo está rodeado por la eternidad, esa existencia sin fin (y para algunos nebulosa) después de la muerte. Uno sería corto de vista si sólo hiciera planes para esta vida, cuando ésta es tan pequeña en comparación con la eternidad.

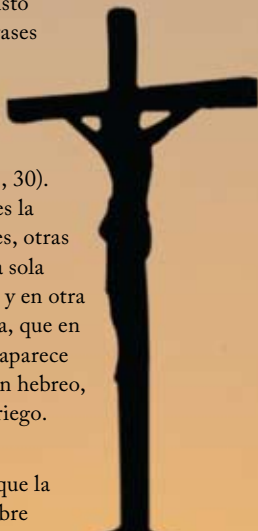
La Biblia dice que *“está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio”*. Cada uno de nosotros ha pecado, y se ha quedado corto frente al estándar perfecto de Dios. Nuestro pecado nos conduce a la muerte y al infierno, que incluye una separación eterna de Dios.

Sin embargo, la Biblia nos dice que *“cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo”*, o sea, en el momento exacto que Dios había previsto, el Señor Jesucristo fue a la cruz para morir por nuestro pecado. Gracias a su muerte y resurrección, Dios puede ofrecerle perdón al pecador y la vida eterna en el cielo.

Continuar pensando en recibir este perdón “algún día” es imprudente y peligroso. La Biblia enfatiza que *“he aquí ahora el día de salvación”*. Pronto se acabará la oportunidad y no podremos vivir nuevamente los minutos perdidos, ni ganar más tiempo para extender nuestra vida un poquito. Como dice la Biblia: *“Prepárate [¡ya!] para venir al encuentro de tu Dios”*.

¿Hay dolor como su dolor?

- Se calcula que la crucifixión de Cristo sucedió el viernes 3 de abril del año 33 d.C. en las afueras de Jerusalén (Juan 19.17).
- Fue clavado a las 9 a.m. (Marcos 15.25) y desde el mediodía hasta las 3 p.m. hubo tinieblas sobre toda la tierra (Lucas 23.44). Ya muerto, lo bajaron de la cruz antes del atardecer (Marcos 15.42).
- Ese día se cumplieron unas treinta profecías del Antiguo Testamento (Lucas 24.44).
- Desde la cruz Cristo pronunció siete frases audibles y breves (Lucas 23.34, 43, 46; Mateo 27.46; Juan 19.26-27, 28, 30). Una de estas frases la repitió varias veces, otras dos fueron de una sola palabra cada una, y en otra hizo una pregunta, que en la Biblia original aparece en tres idiomas: en hebreo, en arameo y en griego.
- Su apariencia fue desfigurada más que la de cualquier hombre (Isaías 52.14).
- La ciencia médica distingue las cinco clases de heridas en el cuerpo de Cristo:
 1. Contusa (Mateo 27.30), al recibir puñetazos, bofetadas y golpes con vara.
 2. Lacerante (Juan 19.1), al ser azotado por Pilato.
 3. Penetrante (Juan 19.2), cuando lo coronaron de espinas.
 4. Perforada (Salmo 22.16), producida por los clavos en sus manos y pies.
 5. Incisiva (Juan 19.34), causada por la lanza romana que le abrió el costado.
- El cuerpo humano posee 206 huesos: 29 en la cabeza, 53 en el tronco y cuello, 60 en los brazos y las manos, y 64 en las piernas y los pies. Sin embargo, a Cristo no le quebraron ninguno (Salmo 34.20).
- Usualmente una cruz romana pesaba como 135 kilos. Quizás lo que Cristo cargó fue el patíbulo, o travesaño, que pesaba entre 35 y 60 kilos. Pero lo que le pesó más fue la enorme carga de pecados ajenos que fue puesta sobre Él en la cruz (Isaías 53.6; 1 Pedro 2.24).
- Rumbo al Gólgota, los soldados obligaron a un hombre, Simón, a cargar la cruz tras Jesús (Lucas 23.26). Con todo, ningún hombre o mujer, o ángel, lo ayudó en la obra redentora de la cruz (Hebreos 1.3).



La herida más dolorosa para Cristo se la causó Dios (Isaías 53.10; Zacarías 13.7), cuando en sufrimiento vicario, el Justo padeció por los injustos (1 Pedro 3.18).

Pero, ¿por quién murió Cristo? (Gálatas 2.20).

IMPRESO EN MÉXICO